

á la nueva Iglesia y el duque de Baviera vacilaba entre las dos religiones, pues si su conciencia le mantenía con los católicos su ambición le arrastraba á los protestantes, Mauricio de Sajonia, primo del Elector Juan Federico, es decir, primo del héroe por excelencia de la revolución, aunque revolucionario él mismo, aunque protestante, soñaba con servir al Emperador y apoderarse, merced á estos interesados servicios, de la corona electoral. La gran división y fraccionamiento de Alemania demuestra palpablemente cómo la guerra se impone cual una ley natural á esos confusos caos de contrarios y enemigos poderes.

En Sajonia hemos visto al Elector Juan decidirse por el Protestantismo con toda exaltación y decidirse con igual exaltación al Duque Jorge por el Catolicismo; en la Marca de Brandeburgo hemos visto estallar horribles guerras entre los señores feudales por diferencias religiosas; en los mismos señoríos teocráticos, unos obispos se deciden por la antigua idea como el obispo de Munster y otros por la nueva como el arzobispo de Colonia. Nada, pues, más natural que ese disentiendo entre dos señores de la misma región y de la misma estirpe. Mauricio de Sajonia era tan protestante como sus primos los Electores, pero tendía una línea divisoria entre la religión y la política; y á reserva de no servir al Papa, su enemigo espiritual, servía fielmente al César, su señor temporal, con ánimo de que estos servicios agrandasen sus Estados.

El raciocinio en que Mauricio se parapetaba, deseoso de coonestar la persecución á sus parientes el Elector y el Landgrave, tenía mucho de sutil y frisaba con la más aguda filosofía escolástica. Resuelto Carlos V á perseguirlos, de no ir él en su contra irían los soldados del Rey de Bohemia, el cual podría combatir no solamente la tradicional autoridad de los soberanos, sino la íntima religión de sus súbditos. Por consecuencia, el ambicioso encontraba en las creencias religiosas el manto hipócrita con que encubrir sus ambiciones animadas por una verdadera traición. Su mayor empeño consistía en mostrar que la guerra emprendida por el Emperador se exentaba de todo carácter religioso é iba encaminada tan solo á restablecer la autoridad imperial en Alemania. Débil excusa, capaz de satisfacer á una conciencia sin escrúpulos. No perseguía el Emperador en aquel trance á vasallos rebeldes; perseguía de

corazón á creyentes ardorosos. No quería exterminar una liga ya quebrantada; quería extinguir una creencia vivísima. Importábasele mucho el aspecto político de la guerra; pero mucho más le importaba el aspecto religioso. La Alemania entera se le había ido á la nueva fe. Excepto el ducado de Baviera, incierto entre las dos creencias, y las tierras de su hermano Fernando, debilitadas por la complejidad rebelde y levantisca de Bohemia, lo demás de Alemania, potestades, villas, feudos, electores inclinábanse del lado de la revolución, triunfante y organizada en la mayor parte de aquellos numerosísimos Estados. Por consecuencia Carlos abría una cruzada verdadera contra el Protestantismo é inauguraba el período llamado con fundamento de las guerras religiosas. Podía Mauricio de Sajonia barajar en su mente como quisiera sus remordimientos con sus escrúpulos; protestante en el fondo de su alma, traicionaba, sirviendo al Emperador, así á la patria de sus padres como á la patria de sus creencias.

El Emperador personifica las creencias enemigas de su creencia en la persona del Elector Juan Federico de Sajonia. Destruyéndole cree destruida la revolución; desarraigándole de su viejo trono, cree desarraigada la nueva fe de los senos del espíritu germánico. Nadie puede favorecer al Protestantismo; todos los poderes, á este propicio, hállanse, ó indiferentes ó inermes. En semejante coyuntura el ánimo de Carlos arde con voraz ardor en anhelos de guerra. A 24 de marzo de 1547, reúne, bajo sus banderas, las tropas que puede hallar á mano y acomete la campaña. Inútilmente el duque de Cleves quiere detenerle intercediendo en pro del Elector; los veinte años de espera se desahogan en una tremenda impaciencia por el combate y la victoria. Pártese, pues, como el rayo luminoso y fulminante, tronando á guisa de nube que lleva la electricidad en sus entrañas, lleno de esperanza y seguido como una sombra del terror que precede al exterminio. En las fronteras de Bohemia se une con su hermano el ferviente católico Fernando y con su súbdito el traidor protestante Mauricio. Mucho trabajo les cuesta ciertamente á los ciudadanos de Bohemia unirse con el jefe de la cristiandad católica contra el jefe de la cristiandad luterana; pero los persuade Carlos, en parte por su autoridad personal y en mayor parte aun por su inmenso poder político. Seguro de que Bohemia no le picará la retaguardia en su bélica marcha contra Sajonia, de-

clara solemnemente al Elector enemigo de la paz pública y le amenaza con prontos y severos castigos.

En ninguna ocasion pudo valer tanto la audacia como en esta ocasion suprema del movimiento religioso. Necesitábase uno de esos hombres, cuyo valor raya en temeridad, que no consultan ni vacilan, sino que deciden y resuelven, sin medir sus propias fuerzas y sin calcular el número de sus enemigos; necesitábase un Milciades confiado en la estrella de su patria y en el poder de su idea frente á frente de medas y de persas; necesitábase un Guillermo Tell capaz de avivar en el corazon de pobres pastores el fuego de la fe que puede devorar y consumir en sus llamas los mas vastos Imperios; necesitábase un héroe, como el que destruyó la monarquía de los Incas ó como el que destruyó la monarquía de los Aztecas, en las tierras del Nuevo Mundo; y solo tuvo la revolucion uno de esos séres piadosos, nacidos para el sacrificio, dotados de esas virtudes pasivas que se llaman la resignacion y la paciencia, pronto á pasar de las catacumbas al Circo y del Circo á las fieras, como uno de aquellos mártires legendarios del primitivo Cristianismo. Al encontrarnos en la historia de Alemania con este enemigo de Cárlos V, recordamos sin deliberacion y sin conciencia otro enemigo de Cárlos V, que se encuentra en la historia de España. El Elector Juan de Sajonia se parece al magnate Juan de Padilla. Igual elevacion de ideas, igual bondad de intenciones; fe purísima en su causa, horror invencible á la violencia, intensidad de pasiones generosas, rectitud de propósitos, todas las virtudes, menos la resolucion y la audacia. Y lo peor de la moral del Elector para una guerra tan cruel como la guerra que intentaba, no es su propio estado, sino su empeño en creer á sus enemigos iguales á él, y como él irresolutos. En su bondad candorosa cree que el Emperador vacila en sus propósitos y duda en sus ideas; cree que el Emperador tentará mucho el vado antes de la decision; cree que se mirará á sí mismo y mirará en torno suyo antes de resolverse á la batalla, cuando el Emperador da ya vueltas en torno del reino y del ejército protestante á la manera del milano que atisba desde las altas regiones del aire á la humilde avecilla en su nido.

Error en Juan Federico de Sajonia desmembrar sus legiones en frente de las legiones del César y remitir una parte de su ejército á Bohemia. La

batalla de Mulberg se parece mucho á la batalla de Villalar, y las indecisiones previas del Elector de Sajonia se parecen mucho á la previa incertidumbre de los Comuneros en Tordesillas. Fiadó en que las riberas del Elba son muy escarpadas por la parte que él ocupa, y el paso muy difícil y los vados muy profundos, apenas puede creer que el Emperador le acometa y le persiga. No contaba, en verdad, con el valor de los españoles, con su pujanza, con su heróico sufrimiento, con su menosprecio á todos los azotes de la naturaleza, con su audacia en trasponer las montañas, en pasar los rios, en explorar las selvas, en desafiar las inclemencias del cielo y de la tierra, en intentar aquí, en Europa, lo mismo que tantas veces habian ya intentado y cumplido en Africa y América. La ciencia de los primeros generales europeos no encontraba vado en las aguas del rio Elba y lo encontró el valor de los últimos soldados españoles. Los cronistas mas enemigos nuestros, los mas exaltados protestantes, aquellos que llaman abominaciones á nuestros combates y á nuestras victorias, admiran todos á una, sin excepcion, el coraje de los arcabuceros españoles, al defender, con agua al cuello, los vados del rio Elba contra los soldados sajones. Así podrá Cárlos V vadear el rio, merced á nuestros hábiles nadadores, que, metidos dentro del agua como peces, con su espada en los dientes, menosprecian el fuego enemigo y acaparan y toman las embarcaciones sajonas. Así un puente se construye para la infantería y la artillería, un paso se encuentra para la caballería; y Mauricio de Sajonia primero, Fernando de Austria despues, y Cárlos de España por último, atraviesan el vado con orden y seguridad hasta llegar á la orilla derecha del rio Elba, cubierta en aquella sazón por los vapores de espesísima niebla.

Pocas veces se mostró el Emperador tan gozoso. La fuerza del ánimo supera las enfermedades y los quebrantos del cuerpo. El primero en levantarse de madrugada, ni la humedad le importa, á pesar de su reumatismo crónico, ni el frio le arredra y le detiene, á pesar de su tos pertinaz. Vuelve la juventud á su ser, en medio de la batalla, cuando los primeros albores del dia se reflejan en las armaduras y los clarines tocan á diana y los caballos piafan de impaciencia y los regimientos se mueven produciendo con sus ejercicios y con sus evoluciones ese rumor siniestro que precede á los combates y que anima y enciende á los guerreros; en tanto que su enemigo el Elector,

del todo descuidado, con la fe mas ciega en las ajenas irresoluciones sacadas por su mal del interior sentimiento de las propias, asiste á sus oficios religiosos, oye con recogimiento un sermon luterano y espera del favor de Dios lo que debia esperar de su propio y soberano esfuerzo. Al oír que el Emperador está á una legua, no quiere creerlo; necesita ver por sus propios ojos las avanzadas para resolverse á la pelea. Solo en la hora de optar por el combate ó por la fuga, opta, de su deshonra temeroso, por el combate. Mientras el Emperador pugna por entusiasmo, su enemigo pugna por deber. Es tanta la fuerza y pertinacia de su ilusion que, al llegar á las manos, cree habérselas con una vanguardia y se las ha con un ejército.

Las escaramuzas con que al principio contaba, conviértense bien pronto en campales batallas. No tiene, pues, mas remedio que colocar su ejército en actitud de guerra y resistir ó acometer. Espeso bosque le sirve de apoyo, su infantería y artillería de núcleo en el centro, y sus caballos de alas. En esta hora suprema debe sentir cuán grande error ha cometido al debilitar su cuerpo de ejército, puesto que cuenta cuatro mil infantes, dos mil caballos y veinte cañones para luchar con un enemigo, cuya fuerza excede á su fuerza en mas de un cuádruplo. Un héroe quizás evitara la batalla ó la diera pronto; un mártir la acepta cuando todo está perdido y la da muy tarde. Son las cuatro y el sol comienza ya en este instante á dirigirse hácia su ocaso. El fuego sajón suena muy nutrido; pero, según lo escasísimo de los estragos que hace, parece asestado al aire y sin ningun blanco á que dirigirse. En cambio la caballería imperial, mandada por Mauricio de Sajonia y el duque de Alba, arremete con resolucion que raya en furor. No le va en zaga la caballería sajona, que resiste con firmeza y que acaso contrastara el contrario empuje de no descorazonarse ¡ah! el grueso de aquellas tropas, al ver la superioridad del enemigo y lo largo de las líneas militares que entran en batalla. Además, en estos movimientos de incertidumbre, aparecen por retaguardia, saliendo de las sombras del bosque, los soldados de Bohemia, que exhalan gritos agudísimos y blanden agudísimas lanzas. Así no debe maravillarse el historiador de que la caballería cediera, de que la infantería se desbandara, de que al primer encuentro, la resistencia sajona se convirtiera en derrota, de que al primer asomo la derrota se convirtiera en fuga, quedando por aquellos tris-

tes sitios mil doscientos cadáveres caídos al furor de los vencedores, no satisfechos con la increíble facilidad de su victoria. El Elector no huye y lucha cuerpo á cuerpo con sus vencedores, ciegos de ensoberbecimiento. Un soldado húngaro le matara en singular combate, cuerpo á cuerpo, de no venir un oficial de Mauricio de Sajonia á salvarle la vida, cuando ya se le escapaba casi por las muchas llagas que las espadas contrarias habian abierto en su cuerpo. Por esta triste manera sucumbió la liga de Esmalkalden; y aun su misma idea se apagara, de no ser en la historia siempre superior la fuerza del pensamiento á la fuerza de las armas.

Faltábanle al Elector cualidades para los empujes del combate; sobrábanle para las resignaciones de la derrota. Humilde sin humillacion, conformado sin indiferencia, digno sin soberbia, desafiaba el infortunio y sabia sostenerse con entereza en una posicion donde tantos suelen abatirse y deshonrarse. Carlos V le recibió sin magnanimidad y le habló sin comedimiento. Fernando de Austria llegó hasta escupir al rostro de un vencido algunas injurias groseras. Mauricio de Sajonia no pudo reprimir, ni en presencia de aquel infortunio, su alegría por la reciente victoria. Tales insolencias de los vencedores acrecientan la serenidad del vencido: ni su rostro, ni su mirar, ni su actitud, ni su palabra revelan despecho ni descorazonamiento. Con vocaciones de mártir tiene á orgullo sufrir por su fe y ofrecer el holocausto del dolor á su Dios. Witemberg, la ciudad por excelencia del Protestantismo, tribuna de Lutero, no se da por vencida, aunque haya caído cautivo su Elector. Carlos V la sitia, y la mujer de aquel, Sibila, se resuelve á defenderla. A fin de rendir el corazón de esta matrona, ya que no pudo rendir el recinto de la ciudad, reúne un consejo de guerra, y condena el prisionero á muerte. Un patíbulo se levanta en el campo de tal elevacion que pueda descubrirse desde los muros de la ciudad y amedrentar á su ilustre defensora. Jugaba Juan Federico al ajedrez, cuando le notificaron la sentencia. Su rostro no se alteró en nada, ni se turbaron sus pensamientos. Acordóse de su mujer y de sus hijos, mas con tal serenidad que, dirigiéndose al que jugaba con él, perturbado naturalmente á tal notificacion, díjole con sencillez: «Curad de vuestro juego, que os voy á dar mate.»

La celada, por el Emperador tendida con tanto acierto á la ciudad en